

Jean Meyer, *Rusia y sus imperios, 1894-1991*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997

Luis Medina Peña

El libro *Rusia y sus Imperios, 1894-1991*, de Jean Meyer, es una obra excepcional por ser el producto de un cambio, si no de vocación, sí de objeto de estudio de un historiador dedicado a temas mexicanos, que en los últimos quince años decide empeñarse en la historia de Rusia. En poco más de 500 páginas, el autor aborda un ciclo cerrado de 75 años de historia: del quiebre del imperio zarista a la disolución del imperio soviético.

La obra inicia con la presentación del escenario en que se desarrolla una historia apasionante pero aterradora. El libre espacio, un océano terrestre infinito que no es ni Asia ni Europa, con influencias escandinava y bizantina. Y dentro de ese territorio, un pueblo, el ruso, en constante expansión y colonización, pero lleno de contrastes y paradojas. Una nación marcada por el constante hostigamiento externo: los nómadas y los germánicos primero, y después el polaco, el prusiano, el francés, el japonés. Una nación que

llega tarde a todo: al cristianismo, a la Ilustración, a la servidumbre campesina, a la formación del Estado, a la era industrial, y quizá por ello llega temprano a la revolución.

En estas páginas vemos aparecer a un Lenin obsesionado por la revolución tipo proletaria, pero que hace en realidad una revolución campesina para hacerse del poder, sacar a Rusia de la Primera Guerra Mundial al costo de 750 000 kilómetros, retirada estratégica que le permite consolidar el poder.

Una de las constantes, aunque no la única, de esa consolidación es el terror que inicia Lenin primero contra los enemigos internos de los bolcheviques, pero que después continuará Stalin hasta sus últimas consecuencias. Los millones de habitantes sacrificados por las sucesivas oleadas de terror danzan ante los ojos del lector. Se trata de un terror que se instaura como método de gobierno y que va a alcanzar a todos a fin de construir el

socialismo y llevar a cabo la industrialización. Millones de cadáveres, nos dice Meyer, sacrificados en pos de una ilusión. Una ilusión, entre otras razones, porque se basa en una improvisación a escala continental. La hambruna provocada –pues se produce por la requisita del trigo y la colectivización campesina– para poder pagar las marchas forzadas de la industrialización diezma territorios enteros. Después el terror habrá de adquirir otras modalidades para conseguir la obediencia absoluta de la *intelligentsia*, de la élite comunista, de los profesionistas, de las nacionalidades. A fin de cuentas, liquidadas las clases y las religiones, desaparecida la voluntad personal, quedan gobernando solos los órganos del aparato.

La Segunda Guerra Mundial es, en sí misma, un nuevo holocausto, no sólo en los territorios ocupados por los alemanes sino también en la retaguardia soviética. A los seis millones de sacrificados por la tropa nazi se agregan las bajas en el frente y el castigo y la deportación de las familias de los prisioneros soviéticos, considerados traidores. La guerra trae la oportunidad, otra constante de la historia ruso-soviética, para establecer el cinturón de seguridad de la URSS frente a Europa, viejo anhelo de los zares. A la vez, es la época del arresto al azar y del apogeo del Gulag, cuya racionalidad económica y política explora Meyer con detalle. Y lo sorprendente: de 15 a 20 millones conocieron la vida de ese “otro mundo.”

La desestalinización y el deshielo que empieza Nikita Jruchov a la muerte de Stalin habrán de conducir

a otros despropósitos. Primero la competencia económica y espacial con Occidente que plantea Jruchov; luego a la competencia con Occidente por el Tercer Mundo que realiza Brezhnev, sucesor de aquél. Ambas, de acuerdo con Meyer, introducen el virus que habrá de baldar finalmente al gigante soviético: el gasto en el complejo industrial-militar, prioridad a la cual se sacrifica todo lo demás. En el periodo de Brezhnev se acumulan las pequeñas crisis que confluirán en la gran crisis final: 1) el creciente e intolerable gasto militar; 2) la crisis demográfica, pues sube la mortalidad y baja la esperanza de vida; 3) la crisis petrolera que golpea a una URSS que ahora financia su crecimiento con las exportaciones de petróleo y gas; 4) las crecientes importaciones de cereales ante la crisis de la agricultura soviética; 5) el costo del imperio y el Vietnam ruso, Afganistán; 6) la rebelión polaca de *Solidarnosc* y Walesa; 7) el apoyo estadounidense a todo lo que se les oponga, llámese *Solidarnosc*, guerrilleros afganos o la Contra nicaragüense; 8) la carrera armamentista agudizada por el proyecto de Guerra de las Galaxias de Estados Unidos; 9) la aparición del nacionalismo ruso; 10) el fracaso de la política de rusificación de las otras naciones soviéticas, y, finalmente 11) el relevo generacional en el gobierno tras las muertes inmediatas y sucesivas de Brezhnev, Andropov y Chernenko.

Mijaíl Gorbachov, Gorby para sus admiradores estadounidenses, es el joven dirigente con buenas intenciones que pone en marcha la *perestroika* (reestructuración) para salvar al sis-

tema. Pero el sistema era insalvable, nos dice Meyer, y la *perestroika*, junto con el *glasnost* (las libertades), precipitan una serie de acontecimientos imparables que desembocan en la rápida disolución del imperio tras el intento de golpe de Estado de los conservadores en 1991. La disolución del imperio es rápida e incruenta y no deja de presentar una paradoja: "la paradoja suprema del experimento, dice Meyer citando a Martin Malia, es que jamás en la historia occidental, semejante fracaso monumental ha sido a la vez un éxito tan irresistible".

Todo lo reseñado arriba es apenas un rápido bosquejo que no puede incluir toda la riqueza que contiene esta obra de reflexiones comparativas con otros países, el cúmulo de

datos demográficos y económicos, los detalles iluminadores de esa distorsión de la razón que fue la aplicación del marxismo-leninismo a la realidad rusa y las consecuencias de la dictadura del proletariado que no fue más que dictadura de camarillas. Es la historia de la aberración de una versión de la historia y su aplicación sistemática y aterradora a un pueblo, una serie de pueblos, que parecían resistirlo todo. Meyer cierra esta obra con una consideración final que ilustra en pocas palabras la situación actual: "Sin ideología para sustituir el marxismo-leninismo, sin imperio, en un mundo que ya no se interesa por ellos, los rusos por primera vez en mucho tiempo, se encuentran solos y libres".